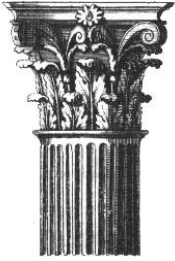


Historia del mundo angélico

**Crónica de la creación de los tronos y potestades,
narración de la prueba y caída de los serafines y querubines**

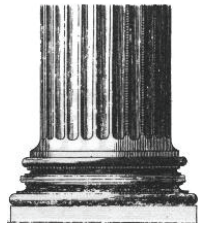
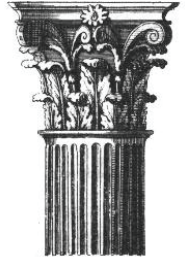
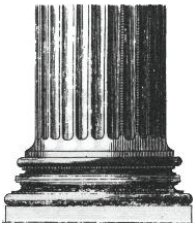
Tomo III

José Antonio Fortea



Pasaje del primer capítulo del Libro del profeta Ezequiel

Mientras miré, un viento tempestuoso vino del norte. Una gran nube brillante alrededor de él y fuego centelleando continuamente, y en medio del fuego algo como ámbar resplandeciente. En el medio había algo como cuatro criaturas vivientes. Esta era su apariencia. Tenían forma humana. Cada una tenía cuatro rostros y cada uno de ellos tenía cuatro alas. Bajo sus alas, en sus cuatro lados, tenían manos humanas. Respecto a la apariencia de sus rostros, los cuatro tenían la faz de un ser humano, la faz de un león en su lado derecho, la faz de un buey en su lado izquierdo, y la faz de un águila.





DEIECISTI EOS DVAM ELEVARENTVR

Índice general

Prólogo	11
I Parte. <i>Cuando los ángeles surgieron y ya nada volvió a ser igual</i>	15
II Parte. <i>Cuando Lucifer era la Estrella de la Mañana</i>	41
III Parte. <i>Cuando los ejércitos celestiales se desgarraron</i>	93
IV Parte. <i>Cuando hubo un cosmos angélico beatífico</i>	109
V Parte. <i>Cuando fuimos testigos de la Creación y vimos la Redención</i>	119
Anotación final.....	157

HISTORIA DEL MUNDO ANGÉLICO

**Crónica de la creación de los tronos y potestades,
narración de la prueba y caída de los serafines y querubines**

Prólogo

Después de dieciséis años dedicados al campo teológico de los demonios, por fin, ha llegado el momento de hablar de los ángeles. Después de tanto tiempo meditando acerca de cómo emprender esta tarea, he decidido hacerlo no con un ensayo, sino volcando la teología en un cauce narrativo. La narración me permite infundir vida a lo que, de otro modo, hubieran sido fríos conceptos e hipótesis pletóricas de matices. Puedo asegurar que no solo que hay teología detrás de este relato de la creación del mundo angélico, sino que el entero relato es teología hecha narración.

Alguien que no haya leído mis otros libros sobre el tema, podrá albergar la tentación de pensar que en este texto me dedico a inventar sin más. Pero toda esta ficción, no es otra cosa que un tratado de angeología vertido en un molde literario. En la ficción que propongo, el texto debe casi tanto a la metafísica como a la Sagrada Escritura. En este escrito podríamos decir que la Biblia sembró y Aristóteles desarrolló.

La Sagrada Escritura es muy lacónica al hablar de la creación de los ángeles. La metafísica, iluminada por la Palabra de Dios, puede desarrollarse, expandirse, dando luz al modo razonable en que todo pudo suceder. Eso y no otra cosa es esta obra: un esfuerzo por exponer de un modo razonable cómo pudo ser la protohistoria de los ángeles.

Yo no digo cómo sucedieron las cosas, porque no he tenido una revelación privada sobre el tema. Únicamente expongo cómo

pudieron suceder las cosas. Este texto no se basa en revelaciones privadas. Lo repito: Expresamente, no he querido ni basarme ni inspirarme en revelación alguna. Solo pretende, de un modo razonable, entre muchos posibles, reflexionar acerca de cómo pudo ser la creación de los ángeles. El Dedo Divino iluminó solo lo que quiso en las Escrituras. Pero esa misma Mano del Creador nos concedió la luz de la inteligencia para iluminar los pasajes sagrados.

Sea cual sea la prueba que tuvieron al ser creados los ángeles, lo seguro es que pasaron por una prueba. Aquí se ofrece cuál pudo ser, aunque solo Dios conoce el modo en que todo realmente ocurrió. Debo hacer una excepción a lo dicho anteriormente, los escritos de la religiosa concepcionista sor María de Jesús de Ágreda (+1665) sí que han sido una fuente de inspiración para esta obra. Sus líneas generales acerca de cómo pudo ser la prueba de los ángeles sí que me parecen totalmente atinados. Su narración, unida a la teología de santo Tomás de Aquino, basándose en la estructura general de la metafísica de Aristóteles es lo que está en la base de esta narración que he compuesto.

Por supuesto que si alguien no está de acuerdo en algún punto de mi historia, tiene todo el derecho a ello: lo que aquí se expone no es otra cosa que una elaboración teológica; y, por tanto, discutible. Alguien también podrá sentirse incómodo de que utilice términos tan visuales al hablar de un mundo etéreo, pero este escrito es un gran fresco, un extenso tímpano catedralicio. O redactaba un tratado, o erigía este auto sacramental. Definir este escrito como un auto sacramental del siglo XXI me parece otro modo de acercarse a este libro.

En el presente prólogo explico cómo se gestó esta obra: a la manera de un ejercicio narrativo-teológico que trata de explicar cómo pudieron ser las cosas, expresándolas con una estética visual y usando modos antropomórficos. Aun así, en el apéndice he dejado constancia de una ficticia versión alternativa del origen de esta obra. Puestos a crear, se me ocurrió lo literariamente interesante que resultaba no solo una historia de los ángeles, sino también la creación de un ficticio origen redaccional de esa historia.

Al final, no solo ofrezco la historia de los ángeles, sino también la falsa historia de cómo surgió esa Historia. Perdónese me ese acto literario en una obra como esta.

I Parte

Antes de los faraones, antes de los constructores de los zigurats, antes de que en el desierto encontrase su reposo la arena, antes de que la primera gota de agua cayese en lo que sería el primer mar, tuvo lugar nuestra historia, la de nosotros los ángeles.

Antes de que, por primera vez, el sol brillase; antes de que Dios dijese: “¡Hágase la luz!”.

Antes de la historia de cualquier criatura, vino nuestra historia, la más antigua. De hecho, estas crónicas tuvieron lugar antes del Tiempo. Antes de nuestra historia, no hay historia alguna. Puesto que el Único que estaba antes de nosotros, no tiene historia. Sí, ELOHIM no tiene historia.

Yo, un ángel os la voy a contar a vosotros, humanos, aunque no podáis entender muchas cosas, aunque tenga que recurrir a comparaciones humanas para que podáis comprender lo incomprendible. Doy comienzo a mi crónica.

Sección 1

En el principio estaba el Ser, el Ser Infinito, la Trinidad Sublime. Imaginaos a Dios como una inmensa esfera de luz blanquísima. De nuevo os recuerdo que debo recurrir a términos limitados, a comparaciones, para expresar lo que es incomparable. Dios no es una esfera, Él no tiene forma geométrica alguna. Pero os pido que os imaginéis mi historia de un modo visual. Imaginaos al Gran Dios como una esfera de luz de proporciones infinitas.

Esa Esfera de Luz estaba en medio de la nada. Una Esfera resplandeciente en mitad de la oscuridad más absoluta, la oscuridad perfecta. Al principio únicamente existía esa Esfera. No había nadie para contemplarla, nadie podía verla, porque no había nadie. Solo existía Dios. Esa Esfera de Vida Trina era Luz, y era grande como millares de océanos de luz; colosal como millares de millares de universos.

Nunca os imaginaréis, mientras viváis, lo difícil que es para mí expresaros de un modo alegórico lo que es Dios cuando nada existía más que Él. En su Ser reinaba la perfección y la simplicidad, permitidme usar la imagen de una esfera para hablar de Dios, la imagen de una esfera grandiosa. Una perfección rotunda como la de la geometría. Geometría... pero al mismo tiempo era Él ilimitado como un mar. El mar es estable, pero tiene movimiento en sí. La comparación es válida, porque Dios se nos mostraba lleno de vida. Una esfera infinita llena de mares de vida. Y fuera de Él, ¡nada! La imagen del sol cuya luz sale arrolladora y límpida tras las nubes de una tormenta que escampa es la escena más aproximada para que entendáis qué era esa Luz viva de esa Esfera de Luz. Reunid todos estos conceptos tan pobres y os haréis una idea aproximada.

La Vida Trina latía en su interior, fluía en el seno de esa Esfera. De pronto, ocurrió algo. Era la primera vez que ocurría algo desde dentro hacia fuera de la Esfera. No podemos decir que eso tuvo lugar tras millones de millones de siglos, porque, en realidad, no había tiempo. Pero, entre ese antes y ese después, hubo mil eternidades, y después eternidad tras eternidad. Antes del primer ahora del fluir del tiempo, podemos decir que hubo una serie incontable de siglos de no-tiempo, como también podemos decir que hubo un estatismo perfecto e inalterado.

Y así, en el momento previsto, en el instante exacto, antes del cual no hubo ni un segundo, una voz poderosa resonó en el interior de la Esfera, una voz que dijo: “¡Hágase!”. Y de la Esfera surgió una luz. Aquel acto se parece lejanamente a una flor que extendiera sus pétalos blancos. Ese instante semejaba como una corola de la que saliesen hacia fuera sus pétalos. Aquello parecía como una explosión de luz a cámara lenta.

Si uno se aproximaba a esa luz, veía que cada haz de luz estaba formado por millones de millones de seres angélicos. Cada naturaleza angélica era como una pequeña estrella. Las había de todos los tamaños. Cada ser angélico resplandecía con su propio tono de luz, cada uno emitía una música particular. Cada uno, si se me permite la expresión, mostraba un rostro atónito, felizmente atónito, ante el espectáculo del acto creador, ante el espectáculo de la existencia.

Los ángeles más grandiosos se hallaban suspendidos como si estuvieran inmediatamente contiguos a la Esfera. Cada ángel superior tenía otros menores alrededor de él, como planetas que rodean a un astro. Cada uno de los “planetas” tenía a su vez otros espíritus angélicos que eran como satélites. Y así podíamos ver que había centenares de jerarquías angélicas. Cada ángel dependía de otro ángel superior. Los ángeles superiores, menores e intermedios formaban numerosos niveles, complejísimas rotaciones, fascinantes jerarquías, de escalones, como si de un sistema solar dotado de complicadas series de niveles, de escalones. Era una variedad que recordaba a la de la zoología, aunque todos eran seres de luz, inmateriales, sin forma visual.

¿A qué compararemos la visión de ese acto creador? Era como si la Gran Esfera estuviera rodeada por brumas. Esas brumas eran como Vías Lácteas. Cada una de estas Vías Lácteas estaba formada por millones de millones de seres angélicos. La Esfera entera se veía cubierta de estas nebulosas. Partes de la superficie de la Esfera estaban más densamente cubiertas. En otras partes, esas nubes parecían deshilacharse hacia fuera. Y, del interior de la Esfera, seguían surgiendo más y más de estas nebulosas. Era como si del seno del Ser Infinito fluyeran ríos grandiosos de luz. Universos de ángeles brotaban de la Esfera Incomparable.

Aquellos ríos parecían no agotarse. Unos emergían con fuerza hacia fuera, pero se doblaban como atraídos por la fuerza de atracción de la Esfera de la que emergían, y retornaban hacia la Esfera recorriendo su superficie inacabable. Otros ríos emergían expelidos con vigor y se adentraban en la nada exterior formando espirales, mezclándose a su vez con otras espirales angélicas, combinándose en más y más increíbles volutas de luz que se arremolinaban, que giraban alrededor de sí mismas, formando centros y más centros angélicos.

Pero incluso aquellos ríos de seres angélicos que habían sido expelidos más lejos, se combaban, paulatinamente, hasta retornar suavemente hacia atrás, atraídos por la fuerza de Aquel de donde habían surgido. Esos ríos tenían el vigor de una erupción, pero primero ralentizaban su velocidad en medio de la nada. Después, lentamente iban formando una parábola y finalmente retornaban con suavidad, casi como si esos ríos volvieran a acariciar la superficie de su Creador.

La creación de los ángeles fue así: como ríos de luz que emergían de esa Esfera que era como un Océano Infinito. Cada brazo de luz, cada torrente que emergía formando volutas que se retorcían y volvían a retorcer hasta caer suavemente sobre la superficie de ese Ser Infinito, hasta acariciar esa superficie inmaterial. Esos brazos nebulosos de color lácteo en medio de la nada que les rodeaba estaba formado por innumerables de puntos. Cada uno de esos torrentes eran millones de espíritus angélicos, cada uno con su entendimiento y libre albedrío.

Como un órgano catedralicio al que, con dos manos, se le presionan diez notas a la vez con todos sus registros en una magnífica armonía, con todos sus tubos a pleno pulmón, y que, tras alcanzar el clímax, el sonido se difumina perdiéndose en las bóvedas, así también los ríos de luz que manaban de la Esfera fueron debilitándose en una especie de eco que se extingue lleno de majestad. Ese eco sinfónico se fue desvaneciendo, hasta que el último brazo de luz se despegó del Océano Infinito de Luz: la Creación de los ángeles había acabado. El último ángel había sido creado.

El número de los ángeles parecía incalculable. Pero, por grande que fuera, hubo un último ángel en aparecer. Hubo un último ángel creado. Eran centenares y centenares de millones. El Altísimo había sido extraordinariamente generoso al crear. Dios había querido comunicar el gozo del ser de un modo espléndido, feliz de que fueran muchos los que pudieran existir. Aquellos ángeles nada más ser creados recibían el nombre de “glorias”, porque ellos eran la gloria de su Creador. “Glorias” así nos llama a nosotros la Sagrada Escritura. El santo apóstol Judas escribirá: *Algunos insultan a las glorias* (Judas 1,8). Me referiré con el nombre de “glorias” a los espíritus angélicos en estado de viadores, en la situación de prueba.

Todos los espíritus estaban sorprendidos. Habían sido lanzados a la existencia. Habían pasado de la nada a existir súbitamente. Millones de seres se acababan de despertar. Mas no solo no estaban somnolientos, sino que, por el contrario, se sentían llenos de vida. Las nebulosas bullían de vigor alrededor de la Esfera de Vida. Los millones de nuevos seres se revolvían como remolinos de alegre agitación alrededor de la Esfera. La vida se agitaba en ellos por la felicidad de existir.

Los espíritus se miraban a sí mismos, se conocían, volvían a mirarse entre sí sorprendidos. Como las glorias se hallaban girando alrededor de glorias más grandes, admiraban al gran ángel alrededor del cual cada espíritu se movía. Divisaban la magnitud de los gigantescos astros angélicos. Aunque las veían de lejos, se sorprendían de que pudiera haber glorias tan descomunadamente grandes. Y en el centro de todo: el Divino Océano Infinito de Luz

del que habían salido. Era como estar junto a los márgenes de un gran mar. Podríamos decir que estaban suspendidos, flotando en el aire, levitando sobre un océano. Pero, en ese caso, no tenía sentido afirmar que se estaba encima o en un flanco de ese Mar. En un universo sin referencias espaciales, no había arriba ni abajo. Únicamente un gran centro. Un gran centro que era esa Esfera que parecía ilimitada.

Las glorias contemplaban la Gran Esfera, sabían que era una forma esférica. Pero era tan grande que ellos la veían como un océano cuyos límites escapaban a su visión. Todos contemplaban admirados ese Océano Divino que se mantenía en silencio: ¡Era su Creador! Constituía en sí mismo un espectáculo. Porque esa Luz era amor, sabiduría, belleza, perfección, equilibrio, plenitud.

De pronto, la Esfera habló. Era la primera vez que resonaba su voz fuera de su seno. Su voz resultó el hecho más impresionante que uno pueda imaginarse. La voz de Dios dirigiéndose a aquella multitud de espíritus angélicos. Todos oyeron una voz potente, grave, llena de poder. Se trataba de una voz que podía doblar el hierro, tronchar los cedros. Aún no existía el hierro, aún no habían crecido los cedros, pero si hubiera sido creado un orbe, los pilares de la tierra no hubieran resistido el poder de la primera sílaba de la primera palabra. Ante la aparición de su voz, todos los ángeles dieron un paso hacia atrás, como el que recibe la embestida del viento.

Pero decir que era una voz poderosa no es hacerle justicia. Su voz estaba dotada de la mayor intensidad que uno pudiera imaginarse. Al mismo tiempo, sus palabras transmitían ternura y cariño. No eran solo las palabras del Creador, ¡eran las palabras de un padre! Sentían en su tono el cariño, el afecto, de un padre. Nada en ellas había de amenazador. Pero, sin ser inquietante, su voz era tal que dejaba claro que no admitía réplica. Debo decir que el Grandioso no usaba palabras, usaba especies inteligibles. Las especies inteligibles eran pensamiento puro sin el intermedio de palabras. Los ángeles, al comunicarnos entre nosotros, no tenemos que recurrir al discurso de conceptos gramaticales, sino que nos comunicamos de un modo más intelectualmente directo. Pero lo

que nosotros percibíamos al modo angélico debo traducirlo a palabras, a conceptos, a imágenes para que podáis entenderlo. Solo os puedo explicar lo que nos rodeaba usando el recurso a comparaciones. Pero mis palabras, aunque imperfectas, no son erradas. Pues, aunque lo que mi boca angélica os cuenta os parezca muy material, recordad que vuestros místicos recurren a este tipo de imágenes materiales para expresar lo espiritual.

La Voz del Ser Infinito... qué deleite escucharla. Hasta ese momento, Dios no había hablado a nadie fuera de Él. Esa era la primera vez que se dirigía a otros. El Señor nos habló. Nos explicó quién era Él. Nos expuso quiénes éramos, para qué nos había creado, qué esperaba de nosotros, lo que debíamos y lo que no debíamos hacer. Dios fue nuestro maestro. Le escuchamos boquiabiertos. Sus palabras nos manifestaban cuáles eran los abismos del ser, los caminos del Bien y del Mal. La estructura lógica de lo que había creado y de lo que podía crear. Sus palabras eran ciencia pura sin error.

Pero no hablaba todo el tiempo. En su discurso, en su explicación del Ser y del ser, en su explicación de todo, había, como si de una sinfonía se tratase, momentos de silencio. Y nos preguntaba. Nosotros le respondíamos, le preguntábamos, individual y colectivamente. Dialogábamos con Él como unos hijos con un padre. Verdaderamente, era un padre. Éramos como polluelos alrededor de una gallina. Nos sentíamos calientes bajo sus alas. Nos sentíamos protegidos. No teníamos cuerpo, pero sentíamos el calor de su presencia. La imagen de los pollitos acurrucados en el seno de su madre es lo que más idea puede dar de aquel tiempo dichoso. No era solo estar bajo sus alas, era estar en su seno. Como unos polluelos completamente envueltos en un lecho de plumas.

¿De qué nos podíamos sentir protegidos? ¿Cómo podíamos conocer la sensación de temor? Nos sentíamos seguros frente al vacío de la nada, frente a la inseguridad de no saber. Él nos otorgaba certeza frente a la duda. Él nos ofrecía el firme fundamento de saber de dónde veníamos, quiénes éramos, adónde íbamos, cuál era el sentido de todo. Sin Él hubiéramos sido náufragos en medio del vacío. Sin Él nos hubiéramos sentido abandonados en mitad

de esas soledades. Mirando hacia atrás, allí estaban esas soledades vacías y oscuras. Daba casi miedo mirar al no-ser de donde habíamos salido, de donde perfectamente podríamos no haber salido nunca. Había bastado una palabra suya, para sacarnos de la nada. Pero con Él no temíamos ese vacío sin fondo: Él lo llenaba todo.

Cuando hablo de la nada, es lógico que la imaginéis como un abismo negro sin fin, como un espacio vacío. Pero recordad, humanos, que nosotros no ocupábamos espacio. No había ningún lugar en el cosmos, porque todavía no existía el universo. Cuando hablo de la nada, vosotros la imaginaréis de un modo espacial; pero, para nosotros, la nada era el vacío existencial. Alrededor de nosotros, no había ninguna “habitación vacía”. Nuestro mundo angélico llenaba todo el “espacio” de los seres creados. Aun así, nos hicimos perfectamente conscientes del precipicio que existía entre nosotros y la nada.

Contemplando esa nada, le estábamos agradecidos. Se lo debíamos todo. Y nuestro Maestro seguía paciente y amorosamente respondiendo a sus hijos. Podía responder simultáneamente a millones de individuos. Éramos tantos, y, no obstante, cada uno escuchaba distintamente su voz. Las glorias podíamos escuchar las palabras de muchos de nosotros dirigiéndose a Dios, preguntándole. Y podíamos atender sin problema a su Voz clara, nítida, divina, en medio de aquel tapiz de voces. Cada uno podía percibir más o menos cantidad de esos diálogos, según el poder de su propia inteligencia.

En medio de aquella sinfonía en la que formulábamos a coro una cuestión a Dios, podíamos escuchar cómo un pequeño espíritu le hacía una pequeña pregunta a su Creador. Lo coral no anulaba lo individual. Aquella sinfonía era una mezcla de conocimiento que circulaba, de glorificación al Omnipotente, de amor... Sí, había aparecido el amor. El amor mezclado con adoración, con agradecimiento, con fascinación. El amor de cada gloria tenía un carácter propio, irrepetible. El conocimiento seguía aumentando, y el conocimiento nos llevaba a la adoración.

Había conversaciones colectivas, y se daban conversaciones individuales. Todo era tan sereno, tan dichoso. Lo que he dicho

puede dar la sensación de excitación. Pero, en realidad, el conocimiento y el amor crecían como germinan la hierba, los helechos, las setas, las flores en un bosque húmedo y denso. Dábamos tantas gracias al Señor. Se lo debíamos todo.

Los ángeles más inteligentes comprendían mejor lo que decía el Ser Infinito, y nos lo explicaban a los ángeles intermedios. Nosotros, a nuestra vez, explicábamos a los ángeles inferiores los detalles de ese manantial de palabras. Porque Dios no se mostró parco en palabras, fue generoso al comunicarse. Generoso al crear, generoso al darnos conocimiento. Sus palabras parecían formar un dulce manantial que se dirigía hacia todas escalas en aquella jerarquía celeste, miles de escalas. Todos entendían el discurso de Dios, pero los ángeles superiores nos hacían ver que habíamos captado solo una parte de la profundidad de su discurso.

Entre nosotros nos enseñábamos, y así, en conjunto, sin rivalidades, profundizábamos con nuestros intelectos en ese Océano Infinito de Luz que teníamos delante. Íbamos viendo más claro quién era el Hacedor, la Fuente, el Sol de Santidad. Casi sin darnos cuenta, íbamos erigiendo construcciones intelectuales. Éramos seres intelectuales y disfrutábamos sumergiéndonos con nuestras mentes en esa Esfera sin fin. Podíamos sumergirnos en Él solo con nuestra inteligencia, únicamente con nuestro conocimiento. Aunque en el mundo de los espíritus no hay espacio, la frontera de la trascendencia era impenetrable. Impenetrabilidad de Dios que no era percibida como un muro, sino más bien como una montaña que se necesitarían siglos para ascender sus laderas. La Esfera, en ese sentido, estaba tan cerca y tan lejos. Como una montaña que se ve delante de tus ojos, pero cuya lejanía ontológica era imposible de recorrer.

Con nuestra inteligencia, nos adentrábamos en ese Misterio que es Dios, y nos dábamos cuenta de que la Esfera tan solo era el velo de la trascendencia. Que lo que veíamos no era, realmente, a Dios, sino que veíamos el velo que ocultaba el fulgor del Misterio.

Aun conscientes de nuestra poquedad, cuanto más conocíamos, más queríamos conocer. Y con nuestra inteligencia sí que podíamos recorrer esa Causa Incausada. Éramos como explora-

dores de lo que teníamos delante. Nuestras construcciones lógicas, metafísicas, teológicas acerca de la Divinidad nos dejaban pasmados. Cada vez estábamos más admirados del Ser Infinito.

Algunos de nosotros, abrumados ante tanta belleza, comenzaron a organizarse para darle culto de un modo colectivo. Así comenzó la liturgia celeste, como respuesta ante semejante espectáculo de la Divinidad.

Sección 2

Frente a la Esfera, alrededor de Ella, todo aquel mundo angélico se llenó de actividad. Unos enseñaban a otros. Había espíritus que levantaban construcciones del intelecto. Había quienes se dedicaban más a la oración.

Otros se afanaban en ir de un lugar a otro a ayudar a aquellos que tenían alguna dificultad en entender algo. Comenzó, incluso, a haber ascetas. Pues hubo quienes entendieron que debían sacrificarse en el uso de sus potencias intelectuales, centrándose, ante todo, en buscar la esencia de Dios a través de la adoración. Habrá entre vosotros, humanos que me entenderán muy bien cuando afirmo lo grande que puede ser el esfuerzo de renunciar a las operaciones del intelecto que nos producen placer. Cuando se habla del placer, muchos piensan en la comida, la bebida y las demás satisfacciones del cuerpo. Pero también vosotros conocéis gozos del intelecto, como escuchar un bello concierto, jugar una partida de ajedrez, leer un libro o atender a una conferencia. También a vosotros os cuesta sacrificar las operaciones del intelecto que os gustan. También, a veces, mantener la presencia de Dios o dedicarse a la oración es un sacrificio cuando uno quiere pensar y hacer otras cosas.

Y así algunos de entre nosotros descubrieron este modo de hacer la voluntad de Dios. Y quisieron desnudarse de todo lo que no fuera Dios mismo. Ellos deseaban, ante todo y sobre todo, arder

de amor a Dios. Y dejaron todo lo demás. Renunciaron incluso a lo bueno para dedicarse a lo mejor. Algunos de estos ángeles-ascetas se recluyeron en sí mismos para dedicarse exclusivamente a la adoración del ese Ser que era el Amor Infinito. Esta reclusión voluntaria de algunos se llevó a cabo de manera tan estricta que, a los ojos de muchos, fue como si muriesen en vida, como si se enterrasen en sí mismos. Todo lo sacrificaron algunos para que en la oscuridad de su interior pudiera comenzar a brillar una luz más espiritual.

A vosotros, estas renunciaciones os parecerán pequeños sacrificios. Pero os aseguro que algunos hicieron tal oblación de sí mismos, que únicamente es comparable a la de aquellos humanos que renuncian a todos los placeres del mundo para irse a un desierto a dedicarse a la oración. Otros espíritus se centraron más en las obras de caridad, ayudando a las necesidades de otros espíritus: instruyendo, aconsejando, no dejando solos, siempre deseosos de que todos comprendieran mejor a la Fuente. Otros se dedicaron más al conocimiento, empleándose en indagar las profundidades de la Ciencia del Ser Infinito. Indagaban por sí mismos, consultaban el saber de otros, recorrían las jerarquías angélicas en busca de ciencia, en busca de fragmentos de saber.

Estos recolectores de materiales levantaron magníficas construcciones intelectuales. Algunas mentes estaban dotadas de tal fuerza que fueron capaces de levantar impresionantes fundamentos sobre los que otros erigieron altas moles de conocimiento. La ciencia acerca de Dios mismo, acerca lo que Él sabía, acerca de lo que podía crear. Algunos de vosotros, los humanos, también os habéis asomado a las leyes que rigen la concatenación de razonamientos. Nosotros nos sentíamos atraídos al conocimiento de un modo natural, éramos inteligencias.

Pero no todo era ciencia. Como ya he dicho, el amor había aparecido, de forma natural, casi sin darnos cuenta. Amábamos. Cada uno en un grado, cada uno de un modo diferente y personal. Cada espíritu tenía su personalidad, su psicología. Cada yo que existía en medio de esos miles de millones de yos, amaba con una intensidad propia, poseía un amor único. No solo amábamos

agradecidamente a Dios, también nos queríamos entre nosotros. Queríamos a todo ese mundo en el que estábamos insertos. Yo comencé a admirar a algún Intelecto Superior. Su penetración en las más recónditas cuestiones de la Filosofía me parecía la obra de arte más increíble. Además, desde mi posición, podía proponerle nuevas cuestiones. Podía contrastar sus respuestas con otros altos intelectos. Entre los ángeles, surgieron amistades. Pues no solo conversábamos de cosas altas y sublimes, también nos conocíamos entre nosotros. Charlábamos de las ilusiones que albergábamos, acerca de las distintas formas de ver los asuntos nuevos que aparecían entre las glorias, incluso de las anécdotas que surgían en nuestra sociedad, en nuestros grupos. Unos eran más dados a la vida social, otros eran más amantes de la tranquila vida solitaria; algunos eran, más bien, exploradores, se dedicaban a recorrer las regiones del mundo angélico. Las jerarquías, de por sí, se habían convertido en objeto de conocimiento.

En nuestras conversaciones, os parecerá extraño, pero, a veces, había sentido del humor. Algunos bromeaban incluso. El sentido del humor es privilegio de los seres racionales. Hubo también espíritus que fueron más allá de la admiración, más allá de la amistad: se enamoraron. En su amor no había nada físico, no tenemos cuerpo, no tenemos rostro, propiamente hablando. Pero el sentimiento que apareció entre algunos espíritus, insisto, era algo que iba más allá de un mero estar bien con el otro. Era verdadero amor. A veces era la forma de ser del otro, a veces la admiración por su intelecto. Lo cierto es que algunos espíritus iban más allá de la amistad y deseaban con recta pasión estar junto a otro espíritu.